

EL PROFUNDO SUR

Por Andrés Rivera

(Alfaguara)

92 páginas

Con *La revolución es un sueño eterno* (1989, Premio Nacional en 1992) y *El amigo de Baudelaire* (1991), la obra de Andrés Rivera alcanzó una difusión y un reconocimiento que ya habría merecido antes, y que permitieron hace un par de años la reedición de *Nada que perder*, publicada originalmente en 1982, probablemente una de las mejores novelas argentinas del último cuarto de siglo.

En *El profundo Sur* Rivera retoma una vez más un recurso semejante al que había empleado en aquellos dos libros mencionados en primer término, y en algunos otros desde entonces. Se trata de un modo particular, que sólo tangencialmente se toca con una especie muy expandida en los últimos años: la de la así llamada, no sin cierta contradicción en los términos, ficción histórica. Porque en Rivera no hay un afán de reconstruir o narrar hechos históricos; más bien toma algún personaje o situación de la historia como excusa o disparador de su propia escritura. De tal modo que los mínimos datos históricos no tienen gran peso, y hasta tal vez el relato podría estar ubicado en otro tiempo o lugar, y los personajes tener otros nombres, sin que por eso se produjeran mayores alteraciones en el conjunto.

Acaso la apuesta más peculiar en este nuevo caso, *El profundo Sur*, radique en una oscura resonancia del absurdo de la muerte y la intercambiabilidad de los destinos humanos ante el instante fatal. El dato histórico principal se concentra en una única escena que se expande y se reitera desde distintos ángulos a lo largo del libro. Una manifestación callejera de huelguistas, y un grupo de civiles armados que participa en reprimirla. La contratapa informa que se trata de 1919 y la Liga Patriótica. No obstante, la historia podría aportar otras fechas y otros nombres de organizaciones para casos similares.

La escena es tan sencilla como terrible: un hombre apunta su fusil desde un camión, eligiendo al azar a un manifestante como blanco, y dispara; al apretar el gatillo, un tercero se interpone en el recorrido de la bala; el segundo, destinatario original del disparo, se acerca al herido de muerte junto con un cuarto, que seguidamente desenfunda un revólver y responde con él al agresor. Sólo el segundo, blanco original del disparo, tomaba parte en la manifestación; el tercero, el muerto, había salido a curiosear, y el cuarto más o menos lo mismo.

El libro tiene la extensión de un cuento largo y una estructura novelesca. Está distribuido en cuatro capítulos, cada uno de ellos focalizados en uno de los cuatro protagonistas de la escena base. Los pantallazos de esa escena se entremezclan con breves pero vigorosos trazos biográficos de los personajes. No faltan allí, como en tantos libros de Rivera, algunos hechos y personajes históricos que pasan lateralmente, como entre bambalinas (la Comuna de París, Sarmiento). Tampoco algunos grandes autores del siglo XIX (no siempre bien tratados, aunque con admiración), y cuadros de sexo con algo de bestial o de "ilícito" (incesto, adulterio).

Están también presentes otras marcas de la escritura de Rivera: la cadencia seca y contundente, que a veces alcanza una bella intensidad; las anáforas y otras formas de repetición, que en algún caso pierden efectividad al expandirse. Y siempre una secreta y trágica ironía.

Pablo Ingberg